

de su amor y de su poder restituyéndole á un atrevido soldado la oreja que de un golpe le derribó en tierra el Príncipe de los Apóstoles, ni la mansedumbre y dulzura con que trató al mas pérfido de los hombres, y al mayor hipócrita de los nacidos, fue bastante para suavizar aquellos corazones de fieras. Arrojárónse sobre él, con ímpetu tan furioso, que aun antes de haberle á las manos, le tienen bajo los pies. Atendedle, señores, entrar preso como un impostor y homicida en medio de una chusma de ministros del infierno, en aquella misma ciudad de Jerusalem, cuyas calles seis dias antes habian sido el teatro de sus aclamaciones y de su triunfo. En la puerta por donde le entraron, habia unas estatuas de mármol de los emperadores romanos (dice San Vicente Ferrer) las cuales al pasar el Salvador, mostraron ser alguna vez menos duros los mármoles que los hombres; pues doblando sus cabezas, y haciéndole una profunda reverencia, fue como decirle: Señor, los hombres racionales os han atado, y nosotras destituidas de todo movimiento y razon os adoramos. Preséntanle á diferentes tribunales, donde dejándose ver con apariencias de culpado, el que era inocente por naturaleza, y solo delincuente por el amor, halló en todos ellos la misma fortuna que suelen hallar los pobres en los tribunales del mundo.

El primer tribunal donde empezó á ser víctima de las afrentas la paciencia de un Dios, fue la casa de Anás: un criado del pontífice, un vil siervo, un ruin galopin llamado Malco, corresponde con un milagro de perfidia á otro mila-

gro de piedad recibido del Salvador en el huerto, levanta su mano vestida de una manopla de hierro, y animada de un corazon de bronce la descarga.... Pero, espíritus soberanos, yo temo decir tan enorme ofensa, pues parece deshonor vuestro no haberla impedido, ó á lo menos no haberla vengado luego con extrema severidad. Tierra ¿cómo no abriste tus senos para sepultar en sus abismos al autor de maldad tan detestable? ¿cómo concediste alientos para respirar á un hombre tan malvado? fuego ¿cómo no uniste todos tus ardores para consumirle en un momento? ¿Temo renovar la memoria delante de vosotros, de una ofensa hecha al Salvador, que si entonces por rendiros á la voluntad divina, tuvisteis ojos para mirarla, ociosos ahora, será menester que cerreis vuestros oidos para no oirla? Descargó, pues, una terrible bofetada sobre aquel rostro que hace la gloria de los ángeles: el golpe fue dado con tan bárbaro valor, que afirman algunos contemplativos, arrojó el Señor á su violencia mucha sangre por las narices y por la boca: caballeros nobles vengativos, en quienes una palabra dicha con desprecio pone en movimiento vuestros espíritus, y prepara para la venganza toda vuestra sangre; atended como sufre tan enorme injuria aquel Señor, cuyo rostro magestuoso no miran sin vértigos de reverencia las pupilas robustas de los serafines.

El argumento mas concluyente de su paciencia, fue lo indulgente que se portó con quien le descargó otra ignominiosa bofetada, y de quien no podia esperarse una correspondencia tan in-

fiel. Malco le hirió en el rostro, San Pedro en el honor. Negarle por su maestro, y protestar bajo juramento que no le conoce, no deja de ser una bofetada dada en el rostro de su honor, estando al dictámen de Dragon Hostiense. ¡ Ah Pedro! Pedro, ¿y este es el cumplimiento de aquellas promesas tan fervorosas? ¿en esto ha parado aquel valor con que en el huerto acometiste con espada en mano una tropa numerosa de soldados y ministros; una ruin criada y dos mozos viles de escalera abajo, te intimidan hasta caer en la flaqueza y cobardía de negarte discípulo de Cristo? ¿no te avergüenzas de las ignominias que contraes, desconociendo aquel de cuyo discipulado hiciste profesion? Nosotros, señores, no podemos juzgar á Pedro por su caída, pues *prima sedes à nemine judicatur*; pero juzguemonos á nosotros mismos, no sea que mientras encendemos nuestro zelo contra Pedro, se apague nuestro fervor para con Cristo, y seamos reconvenidos de semejante falta. Preguntemonos si por temor de perder la gracia de aquel ministro, ó de aquel privado, hemos dejado de hacer ó de decir lo que debíamos; acaso por no pasar por la nota de devotos, nos hemos abstenido de visitar mas á menudo las iglesias para acomodarnos á las costumbres del siglo; amigos del lujo y de las pompas, hemos disimulado el carácter y las obligaciones del bautismo; pues si tales han sido nuestras faltas, ciertamente hemos dicho con San Pedro: *Non novi hominem*; y hemos negado á Jesucristo, segun el sabio dictámen de Agustino. Solo hay de diferencia, que nosotros tardamos mucho en re-

conocer nuestras faltas y llorarlas; á San Pedro avisó luego el gallo con su canto de su delito, miróle Cristo con ojos amorosos, se salió fuera á hartarse de llorar, y veis ya acabada toda la gran obra de su conversion; mas no la de la pasion afrentosa de su maestro.

Pensó Caifás tomarle la confesion al supuesto criminal, y al inocente preso. Le conjura de parte de Dios vivo, para que responda si es Cristo Hijo de Dios, y el prometido en las Escrituras. Esta inocente oveja que hasta allí habia estado insensible á los ultrajes y á los dolores, ahora despliega los labios para dar un testimonio de la verdad, confesando ser el verdadero Mesías, á quien verian sentado á la diestra de Dios vivo hecho juez sobre todas las causas de los hombres. A esta declaracion se levanta Caifás furioso de su silla, y rompe sus vestidos como en detestacion del escándalo y la blasfemia, que no es nuevo en los hipócritas hacer delante de Dios una ostentosa pompa de su religion y de su zelo. Entrégale á los ministros para que le guarden aquella noche; mas ¡ó cielos! ¡cómo pudisteis sufrir el vilísimo tratamiento que se hizo al Salvador esta noche! Angeles del Paraiso, qué, ¿no tuvisteis corazon para asistir presentes á los ultrajes que recibió vuestro Criador, sin desfogar vuestras cóleras en aquellos hombres indignos de la vida? ¡Pobre Jesus mio! Entregado á la discrecion de unos ministros furiosos, mas crueles que tigres y mas fieros que los leones. El Rey de Reyes, con una caña por cetro, una corona de espinas por diadema, y un andrajo de púrpura por

real manto; su mismo pueblo escogido le dobla por burla la rodilla, le venda los ojos, le arroja inmundas salivas á su rostro, le hiere en él con bofetadas, y le insulta desafiándole á que adivine quien le hirió. ¿Qué es esto, pueblo ingrato y desconocido? ¿Qué pretendes con cubrir los ojos á quien te los dió? ¿Sabes lo que haces, dice San Leon, tapándole la vista? anuncias, pues, tu reprobacion, y nos significas que el Salvador ha tomado en la realidad ese velo, y que como tú le pusiste sobre los ojos, le ha puesto él sobre los tuyos para que no le conozcas. Nos enseñas, ó pueblo ingrato, á aprovecharnos de tu ceguedad, y á que le reconozcamos por Dios al mismo tiempo que tú apenas puedes reconocerle por hombre.

Seguidle á los tribunales, donde entonces como ahora, son llevadas con agitacion y prisa las causas de los pobres, sin poder subsistir en alguno con quietud; pues la justicia interesada no sabe resolverse á manejar su balanza, sino donde no puede enriquecerse: atendedle en casa de Pilatos, donde padecen su honor y su inocencia con la infame eleccion que se da al pueblo, entre la vida de Jesus y la de un famoso malhechor. Pasad con el Salvador á la sala de Herodes, donde aun humea la sangre del Precursor. Este inicuo Rey le hace muchas preguntas, mas ¿cómo habia de responder á ellas donde habia perdido la vida Juan que era su voz? Él y toda su corte se burló del Salvador, y devolviéndole á Pilatos, le hieren los ministros por las calles; y teñida con su sangre la túnica blanca con que Herodes le declaró por loco, es cubierta de una grana ver-

dadera la clámide con que le adornan en señal de una heroica magestad.

Deteneos ahora, señores, que conviene hacer aquí mansion para atender cuánto padece en su honor Jesucristo en el pretorio de Pilatos. Ya habia este malvado presidente examinado á Jesucristo y á los testigos, y convencidos de no haber visto jamás ni criminal mas tranquilo, ni acusadores mas importunos y violentos, declara su inocencia: *Nullam invenio in eo causam*. Quiere contentar al pueblo, que pide su muerte, y esto le detiene para no librarle. ¿Qué hace por tanto? cede su autoridad al pueblo, hace un afrentosísimo paralelo entre el milagro de la inocencia de Jesucristo, y el monstruo de la inhumanidad y de la fiereza Barrabás, y acordando al pueblo su costumbre de soltar á un preso en aquella pascua, deja á su arbitrio escoger entre la vida de Jesus ó de Barrabás. ¡O juez detestable! digno de las cóleras y las iras de todas las criaturas. ¡Qué injuria! oír clamar por todas partes á los sacerdotes y á los fariseos, á los escribas y al vulgo: muera Jesus, y sea libre Barrabás. Sí, Redentor mio amable, esta es la afrenta por ventura mas vergonzosa que padece vuestro honor, y el milagro mas monstruoso de iniquidad, con que es combatida vuestra inocencia.

Este amor que le obligó á disponerse para recibir los azotes, ya que no justifica la crueldad de Pilatos, hace ser su sentencia un cumplimiento de los oráculos del cielo. Pilatos pues, ó mas propiamente el amor por el ministerio de este presidente, mal satisfecho de ver á Jesus en una

apariencia tan dolorosa, capaz de suavizar los corazones mas insensibles, y aun de enternecer los peñascos, pronuncia una sentencia llena de crueldad, condenándole á ser azotado como un esclavo. Gime el aire al vuelo de los azotes, tiembla la columna á la tempestad de los golpes, caen debilitados los sayones, y solo Jesus subsiste, bien que despedazadas sus espaldas, y nadando en un mar de sangre; pero contento de comprar á este precio la salud del mundo. No basta una hora para desfogar su rabia aquellos ministros, sino que le estuvieron azotando cinco cuartos. No se atuvieron en el número á lo establecido por la ley y por el uso. Fueron tantos los azotes que desvarió confusa en su cálculo la atenta aritmética de algunos devotos contemplativos.

Pilatos se engañó creyendo que el pueblo se enternecería con esta vista, y si no se arrepentía de su atentado, dejaría á lo menos de pedir su muerte. Para esto le sacó á un balcon de su palacio; y esforzando la voz al amotinado pueblo dijo: *Ecce homo*. Veis aquí á vuestro enemigo, pero ya en estado de ser mas bien objeto de vuestra compasion, que de vuestra envidia. De estas manos atadas, ¿qué os temeis? De esta cabeza tan herida, ¿qué os rezelais? De estos ojos sangrientos, ¿qué daño podéis recibir? Mira, obstinada sinagoga, este rostro desfigurado, esta cabeza traspasada, este cuerpo despedazado, y reconoce por estas contraseñas á aquel á quien describieron tus Profetas: *Ecce vidimus eum non habentem speciem, neque decorem. Ecce homo*. Mirale, ingrata Jerusalem, y dime si estas manos que

con un simple contacto multiplicaban los panes, curaban los enfermos, y resucitaban los muertos, merecen ser atadas. ¿Ay de mí! señores, que el ingrato pueblo, lejos de ser tocado de la compasion, clama furioso: crucificadle, crucificadle. Yo quiero ahora, pues, mostrar al bello Nazareno á los pueblos que viven en los confines del mundo, para hacerlos testigos de una dureza mayor aun que la de los hebreos. Venid, habitantes de los extremos de la tierra; á vosotros que vivís fuera de nuestra sociedad y mirais con indiferencia la causa, os llamo con el Profeta por jueces y testigos sobre este hecho. *Ecce homo*. Sabed, que este hombre que se presenta tan herido, es juntamente Dios. ¿Mas dónde están, direis vosotros, los ángeles que le hacen la corte? ¿Son esos ministros de justicia que le rodean? ¿Dónde el trono de magestad? ¿Es ese balcon injurioso donde aparece? ¿Dónde el cetro y la corona? ¿Son aquellas espinas que le traspasan el cerebro, y aquella caña que empuña? ¿Qué decís? *Ecce homo*. Sabed mas, que ese hombre se llama Cristo, instituidor de una religion que se llama cristiana por su cabeza.

¿Dónde están, pues, preguntareis, los miembros de esta cabeza, los profesores de este instituto, y los soldados de este capitan? Veislos ahí presentes. Mas el capitan va á encontrarse con los tormentos y las heridas, y los soldados se retiran temerosos. El legislador manda el sufrimiento y mortificacion, y ellos no atienden sino á gozar del bello tiempo, entregándose furiosamente á las delicias y al lujo: su cabeza aparece

como veis coronada de espinas, y los miembros pasean los huertos deliciosos y se convidan á coronarse de rosas y hartarse de placeres. ¿Qué nos contais? Aun hay mas. *Ecce homo*. Este hombre, pues, por mas que padezca por los suyos, halla en ellos esta correspondencia: que donde él tiene clavadas las espinas, ellos edifican obeliscos y palacios de vanidad; donde él se deja ver despedazado y sangriento, ellos aparecen lustrosos y adornados; en vez de que ultrajado no despliega sus labios para la queja, ellos no pueden sufrir una palabra desabrida; y en lugar de que Jesucristo derrama toda su sangre por su salud, ellos rehusan desembolsar un cuarto para el socorro de sus hermanos los pobres. Ahora, pues, oyentes, informados los paganos de este Cristo y de estos cristianos, ¿qué os parece que dirán? Dirán que no han visto jamás en sus desiertos fieras tan desapiadadas como nosotros; dirán que no tiene el Cáucaso piedras de una dureza igual á la de nuestros corazones: dirán que sus dioses, aunque postizos y mentirosos, hallan en quien los cree otra religion y piedad que la que Cristo halla en sus seguidores; dirán que entre nosotros no se cree, y esto es ateísmo; ó que si se cree no se corresponde, ni menos se ven vestigios de humanidad. ¿Y qué dirian, pues, si oyesen entre tanto: *tolle, tolle; crucifige eum?* ¿De quién son estas voces, preguntarian? Son de los cristianos que hasta ahora le han ofendido, y quieren ofenderle en adelante; son de quien se precia de profesar su instituto; son de quien le ve herido y le quiere muerto.

¡O santa Carne! ¡ó Cuerpo divino, y cuan costosamente expiais los placeres de los hombres! ¿Podreis aun vosotras, almas carnales, vivir en las delicias, viendo este esposo teñido de sangre, cubierto de llagas? ¿Tendreis aun la insolencia de conservar vuestro cuerpo con tanto cuidado, para servir á los amores criminales, viendo el del Salvador bañado en sangre? Si este espectáculo no os mueve, ¿cuál os moverá? Si el Dios de amor, despedazado y sangriento no tiene bastantes atractivos para endulzar vuestros corazones, ¿quién los tendrá? Si el milagro de la inocencia, convertido por otro milagro en objeto de dolores y de lástima no os enternece, ¿quién bastará para enterneceros? ¡Ah! no me digais pues lo sé bastante, que la pérdida de un interés, que el mal éxito de una pretension honorífica, y la ausencia de una hermosura cómplice, hacen en vuestro corazon impresiones mas poderosas que todo un Jesucristo nadando en su sangre. ¡Ay de mí! vosotros quereis que él muera para ser tocados de la compasion, pues para ganaros consiente en ello con gusto. Ya le ha entregado Pilatos á la discrecion de los judíos, pronta está la cruz que ha de ser el instrumento de su suplicio; subamos al calvario á admirar el tercer milagro del amor, el cual hace sufrir á un Dios hombre la muerte mas afrentosa y mas cruel. Este es el tercer atentado del amor sobre la vida de Jesucristo, y el tercer acto de la sangrienta tragedia.